



**art  
buch  
wald**

## CRIMEN EN EL FUTBOL

**WASHINGTON.**—Cuando el detective Peter Minderman entró en la sala donde los Socalaw veían la televisión en color, se sintió sorprendido. El cuerpo de Artie Socalaw estaba todavía en la silla en que murió. Todos los presuntos sospechosos estaban también allí: la esposa de Artie, Emma; sus mejores amigos, George Stevens, hijo; Chuck McDermott, Sam Markay y Tony Valenti.

—Bueno —dijo el detective—. Comencemos por el principio. Ustedes empezaron a ver partidos de fútbol en esta sala hace dos días, el sábado por la tarde.

—Así es —dijo Stevens—. Luego, el domingo, durante el tercer cuarto del partido de los Raiders, notamos que le pasaba algo a Artie. Esperamos hasta que el partido concluyera y nos acercamos a su silla: estaba muerto.

McDermott agregó:

—Puede imaginarse fácilmente la impresión que recibimos, encima, después de la derrota de los Minnesota Vikings por los Cuarenta y Nueve.

—Pero —interrumpió el detective— el forense afirma que Artie está muerto desde hace no menos de veinticuatro horas. ¿Cómo es que nadie se dio cuenta antes?

—Bueno —dijo Markay—, Artie siempre estaba quieto cuando veía fútbol, no era de esos tipos que están todo el tiempo airados, comentando vivamente cada jugada. De modo que cuando no dijo nada en veinticuatro horas, imaginamos que estaba sufriendo porque el equipo de Dallas había vencido a los Leones de Detroit.

Y Valenti añadió:

—Cuando uno está viendo un partido de fútbol en la televisión no se da cuenta de si los demás respiran o no.

El detective miró a la señora Socalaw y la preguntó:

—¿Cuándo vio usted a su esposo vivo por última vez?

—¿Quiere usted decir moviéndose, activo? Creo que fue en julio pasado, antes de que comenzara un partido de exhibición. Y no dejó esa silla desde que los Pielas Rojas jugaron con los Patriotas en un partido previo a la temporada oficial. No deseo discutir el informe del señor funcionario legal, pero creo que Artie estaba muerto desde hace tres meses.

—Eso no es cierto —dijo Stevens—. Antes de comenzar el partido entre Baltimore y Cincinnati, Artie me pidió un pedazo de pastel de frutas.

—¿Pastel de frutas? —exclamó el detective—. ¿De dónde procedían éstas?

—El pastel lo hice yo —dijo la viuda—. Siempre hago estos pasteles para la temporada de fin de año. Ayudan a olvidar.

—¿Comió alguien más de ese pastel? —preguntó el detective.

—Yo —contestó McDermott.

—Vaya —exclamó el detective—. No es válida entonces la teoría de un pastel envenenado.

—¿Comió algo más Artie? —preguntó Minderman.

—Le di un emparedado de atún —dijo McDermott.

—¿Un qué?

—Un emparedado de atún. Usted sabe, la señora Socalaw rehúsa darnos de comer, de modo que cada uno trae su propia comida. Esta vez mi esposa me hizo emparedados de atún.

—¿No sabe usted nada acerca de los atunes? —le preguntó el detective.

—No, no soy aficionado a la pesca; sólo al fútbol.

—Bien, su esposa trataba de envenenarle con atún emponzoñado de mercurio. Sólo que Artie fue la víctima en lugar de usted.

—Yo sabía que ella no me veía con buenos ojos, pero no hasta el punto de pretender envenenarme —dijo McDermott.

Minderman tomó el teléfono y llamó a la casa de éste, diciendo:

—Señora McDermott, voy a mandar que la detengan por el asesinato de Artie Socalaw.

La viuda de éste le arrebató el teléfono y gritó:

—No te apures, Gloria, yo declararé en tu favor. Podemos decir que se trata de un crimen pasional.

(Copyright 1971, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)